

Matrimonio de un autor teatral con la Junta de Censura

Jesús Campos García

PERSONAJES

HOMBRE	35 años. Aspecto desaliñado, pelo largo. Viste un mono de trabajo.
MUJER	30 años. Discreta en el hacer y en el vestir. Pelo recogido y zapatillas.
AMIGO	37 años. Viste elegantemente y con cierto desenfado, aunque sin exceso. Pelo cortado a navaja.
COMISARIO	50 años. Gabardina convencional. Pelo canoso.
INSPECTOR	30 años. Trenca de color verde caza.
NIÑO	

ESPACIO ESCÉNICO

Cámara acorazada convertida en cuarto de estar. La embocadura (realizada con chapas de acero remachadas) evidencia el blindaje del espacio. Por el contrario, los paramentos interiores (pintados o empapelados) intentan ocultarlo; pese a lo cual, las uniones entre planchas y el relieve de los remaches lo delatan.

La habitación, de reducidas dimensiones, se comunica con el cuarto de los niños (puerta en primer término, a la derecha del espectador) y con el recibidor (paso abierto al fondo y a la izquierda). A través del recibidor se conecta a su vez con el resto de la vivienda (derecha) o se sale al rellano de la escalera (izquierda).

El pretendido ambiente hogareño (sillería de estilo, mesa camilla, cuadro de abolengo, almanaque, reloj de pared, arcón castellano, retratos de familia, etc.) se ve perturbado por un tabique circular de 1,5 m. de altura que se levanta en el centro de la habitación, así como por el andamio, escalera doméstica, ladrillos, sacos de yeso, cubos, gaveta y otros elementos necesarios para su construcción, e igualmente por el escombros y suciedad que se producen a consecuencia de la obra.

Otros elementos precisos para la acción son: los restos de otro tabique que ha sido demolido (primer término izquierda) y unos teléfonos en mal estado que se encuentran amontonados junto a la puerta del cuarto de los niños.

La luz proviene, en casi su totalidad, de las lámparas y apliques instalados en la habitación, y sólo se reforzará mínimamente mediante el empleo de focos de teatro para evitar el contraluz que, de no hacerse así, se produciría en primer término.

Al iniciarse la representación la MUJER cose junto a la mesa camilla. Y el HOMBRE, subido al andamio que hay dentro del tabique, coloca ladrillos como un rito. Tras un largo silencio, el diálogo se inicia lento y espaciado, al estar ambos más pendientes del trabajo que de la conversación.

MUJER.- ¿Qué hora es?

HOMBRE.- Tarde, debe ser tarde.

MUJER.- ¿Fuiste a eso esta mañana?

HOMBRE.- Sí.

MUJER.- Mañana vendrá el guardia.

HOMBRE.- Ya.

MUJER.- ¿No pusieron pegas?

HOMBRE.- Las de siempre, pólizas y cosas.

MUJER.- Es mejor atenerse a la legalidad, que si no luego vienen los líos. No sé cómo ocurre, pero siempre que se hacen las cosas a la ligera, después todo son complicaciones.

HOMBRE.- Si al menos nos dejan tranquilos, lo daré todo por bien empleado.

MUJER.- ¿Qué costó?

HOMBRE.- Treinta y siete pesetas.

MUJER.- Bueno, caro no es.

HOMBRE.- Y tres horas y media dando vueltas por allí.

MUJER.- En fin, ya está.

HOMBRE.- Lo peor fue tener que explicarlo. Tardé en encontrar una justificación lógica para ellos. Tampoco les importaba demasiado lo que pensaba hacer. Así que, como no tapaba ventanas, ni bajaba los techos, ni cosas por el estilo, pues firmaron y listo.

(Pausa larga.)

MUJER.- **(Mirando el trabajo del HOMBRE).** ¿Vas bien?

HOMBRE.- No voy mal. La verdad es que no es difícil, sólo hay que hacerlo con seriedad, en silencio; ni siquiera es preciso ser actor, cualquier albañil podría hacerlo.

MUJER.- ¿Tú crees que encontrarás quien se preste?

HOMBRE.- Lo hacen a diario, es su trabajo, ¿por qué no van a querer hacerlo sobre un escenario?

MUJER.- No sé, pensarán que es poco serio. Temo que no comprendan tu idea.

HOMBRE.- Tienen que comprenderla, es elemental. Tú la entendiste.

MUJER.- Y entendiéndola yo...

HOMBRE.- Mujer, no quise decir eso, quise decir...

MUJER.- Mejor que no lo arregles, déjalo estar.

HOMBRE.- Todos lo entenderán. Precisamente ésa es su mejor cualidad. Es una idea clara, sencilla, elemental.

MUJER.- No es que quiera desanimarte, pero no sé, es tan distinto.

HOMBRE.- (**Poniéndose de pie sobre el andamio, llega al techo con la cabeza.**) La escena está vacía. Sólo una enorme pila de ladrillos, yeso y un andamio. Un hombre se levanta del público, se abre paso y sube al escenario. Cambia sus ropas por las de albañil y, sin decir palabra, comienza a construir en círculo. Toma los ladrillos, lo hace con esmero, unta la sogá y el tizón y, guiándose por las cuerdas, va colocándolos uno tras otro. Él queda dentro del círculo, atrapado, cada vez más atrapado. Y sigue construyendo. Es como un rito. Construye a su alrededor sin poder escapar.

MUJER.- La idea es magnífica... y clara; hasta yo la entiendo. Pero la gente va deprisa y no...

HOMBRE.- Depende. Si el público es gente gorda y cenada, seguro que cogen los ladrillos y nos los tiran a la cabeza, pero si el teatro está lleno de albañiles, lo entenderán.

MUJER.- Que te crees tú eso. Aunque eso sería lo lógico, ocurriría justamente lo contrario.

HOMBRE.- El albañil construye edificios. Construye edificios hermosos, impresionantes. Sólo con su volumen te dejan atónito, tan con la boca abierta que cuando te quieres dar cuenta, resulta que te has olvidado de respirar y ya estás asfixiado. Todos quedamos asfixiados. El albañil el primero, por supuesto. Y para más inri, encima queda el edificio como una lápida en memoria de quienes lo construyeron y quedaron emparedados dentro de él.

MUJER.- De acuerdo, de acuerdo. Todo eso es cierto, pero tendrás que explicarlo o no lo entenderán, acuérdate de lo que...

HOMBRE.- A diario no. No durante la jornada laboral, pero si los metemos a empujones en el teatro y se lo decimos a bocajarro, seguro que recapacitarán. Descubrirán lo inútil que es

colocar un ladrillo a continuación de otro, para que personas a las que ni conocen tengan mañana una casa donde guardar las alfombras y la vajilla de porcelana.

MUJER.- Personas que les dan de comer... **(Antes de que el HOMBRE la interrumpa.)** No, no es que yo lo piense, pero lo piensan ellos. Ellos están orgullosos de ser albañiles. Cuando aquel hombre vino a casa, a arreglar el cuarto de baño, hablaba con orgullo de su trabajo, se le veía contento y hasta cantaba.

HOMBRE.- Claro, y es bueno que así sea. **(Pausa.)** Es inútil, no entiendes nada. **(Salta del andamio fuera del círculo, y va llevando ladrillos de donde están apilados al interior del tabique.)**

MUJER.- **(Sin darse por aludida.)** ¿Es que no viene hoy?

HOMBRE.- Es temprano todavía.

MUJER.- ¿Le has avisado?

HOMBRE.- **(Señalando la pared posterior, que está llena de teléfonos.)** No funcionan.

MUJER.- ¿Ni el bueno?

HOMBRE.- Ninguno.

MUJER.- Pues deberías haberle avisado desde el bar. Él entiende tus cosas y te podía echar una mano.

HOMBRE.- Tonterías, dice que las entiende, pero no las entiende. Y si las entiende, no le gustan o no le interesa que le gusten.

MUJER.- Él también escribe.

HOMBRE.- ¿Escribir? ¡También escribe el cronista de fútbol! El soldado le escribe a la novia... ¡Escribir!

MUJER.- Ha estrenado...

HOMBRE.- Con éxito.

MUJER.- Me duele que seas así. Lo hace bien.

HOMBRE.- Claro que lo hace bien, sabe el momento justo en que debe provocar la hilaridad. Tiene sentido del ritmo. Su estilo es preciso y preciosista. Y por si todo esto fuera poco, no tiene ni una sola falta de ortografía. **(Irritado.)** Pero escribe con el mismo tipo de letra Hitler que Santa Teresa de Jesús. Igual defiende, con el mismo ardor, los intereses de la Banca privada que la subida del salario mínimo. Y a sus obras... a sus obras les escribe dos finales, para luego acabarlas según le convenga al gobierno de turno.

MUJER.- Bueno, bueno, no debes alterarte, ya sabes lo que te ha dicho el médico.

HOMBRE.- Mira, viene por aquí... hablamos... bien está. Pero no lo admito como ejemplo.

MUJER.- ¿Es que crees que no sé lo que vales?

HOMBRE.- De sobra sé yo que soy un chiflado, pero creo que estoy en la pista. Se trata de decirlo de forma rotunda, nada de palabras. No, tampoco una sesión de mimo. Simplemente situar frente al público a un hombre que trabaja inútilmente.

MUJER.- ¿Y sólo eso durante dos horas?

HOMBRE.- Sólo eso.

MUJER.- Al menos habrá un final.

HOMBRE.- Sí, claro, por supuesto.

MUJER.- ¿Y bien?

HOMBRE.- Al final, sólo al final podrás saberlo. Es necesario contemplar la construcción del edificio para comprender lo que puede llegar a ocurrir en su interior. **(Coge un cubo y va hacia una de la puertas.)**

MUJER.- ¿Dónde vas?

HOMBRE.- Al baño.

MUJER.- **(Estallando.)** ¿No es suficiente cómo me tienes la sala de estar?, ¿es que tienes que ensuciarlo todo?

HOMBRE.- Necesito agua.

MUJER.- Al menos echa serrín en el pasillo, así será más fácil limpiarlo.

HOMBRE.- ¿Pero hay?

MUJER.- Sí, lo traje del hospital.

HOMBRE.- No me digas que echan serrín en el quirófano para empapar la sangre de los heridos.

MUJER.- Muy gracioso.

HOMBRE.- (**Acercándose cariñoso.**) No sé cómo me aguantas. Debo parecerte un chiflado de los de atar. No gano un duro desde hace más de un año y encima, te lleno la casa de ladrillos porque, según yo, estoy escribiendo una obra de teatro. ¡Si nos vieran por un agujero! Estoy contigo en que esto no hay por dónde cogerlo.

MUJER.- Anda, anda, déjate de tonterías. Ya sabes tú que los genios sois unos incomprensidos. A veces, ni vuestras propias mujeres alcanzamos a comprender lo que os bulle en la cabeza. Ahora, eso sí, vosotros continuáis adelante hasta que lo conseguís. No se sabe bien qué. Pero parece ser que eso es lo único importante.

HOMBRE.- Tenía que haber alquilado una nave, un almacén, algún sitio apropiado; pero no tenemos dinero. Tu sueldo de enfermera apenas da para vivir y encima tenemos que sacar de ahí para comprar los materiales. Como comprenderás no te iba a pedir para un local.

MUJER.- ¿Me quejo yo?

HOMBRE.- Pues la verdad es que no mucho para los motivos que tienes. (**La besa.**)

MUJER.- Anda, no seas zalamero y vete a tu trabajo. Tú termina tu obra que yo aún tengo cosas que hacer. Cada uno a lo suyo.

HOMBRE.- ¿Se acostaron los niños?

MUJER.- No.

HOMBRE.- Es tarde, ya deberían...

MUJER.- Están en su cuarto. Estarán viendo la tele.

HOMBRE.- Qué va, seguro que están expiando detrás de la puerta.

MUJER.- No me extrañaría.

HOMBRE.- Les divierte ver a su padre jugando con ladrillos. De buena gana se pondrían a hacer teatro conmigo.

MUJER.- Pues llámalos.

HOMBRE.- Mujer, qué cosas tienes.

MUJER.- Otros padres...

HOMBRE.- Lo que me faltaba, los niños por aquí revolviéndolo todo. Esto de por sí puede parecer, qué sé yo, poco serio, pero si encima lo conviertes en un recreo, figúrate lo que saldría. No lo quiero ni pensar. **(Rompe a reír.)** ¡Qué barbaridad!

MUJER.- ¿Qué te hace tanta gracia?

HOMBRE.- Son cosas mías.

MUJER.- **(Entre dientes.)** No hay quien te entienda.

HOMBRE.- **(Coge el cubo y, muerto de risa, da unos pasos hacia el baño. Se detiene y cambiando de intención se dirige a la puerta del cuarto de sus hijos. Ahora serio, se agacha y habla a la altura de la cerradura.)** Mirad, eso que veis es algo inútil: un tabique circular, una circunferencia de ladrillos. Sabéis lo que es una circunferencia? Una línea curva y cerrada cuyos puntos equidistan de otro interior al que llamamos centro. Podría pensarse que los puntos del contorno están subordinados, sometidos al centro, pero si os fijáis os daréis cuenta de que es el centro el que permanece acorralado en su interior.

MUJER.- ¿Pero se puede saber qué les estás diciendo?

HOMBRE.- La verdad.

MUJER.- ¿La verdad? ¡Qué barbaridad! A los niños no se les deben decir esas cosas. Yo diría que ni a los mayores. ¡Pero a un niño! ¿No ves que puedes soliviantarlos?

HOMBRE.- ¿Y qué hay de malo en ello?

MUJER.- Están en la edad de los cuentos. Sus temores deberían ser el lobo, la bruja o el ogro; y tú quieres encima enfrentarlos a la verdad.

HOMBRE.- Quiero que sepan...

MUJER.- Para ellos, un montón de ladrillos es algo maravilloso, algo con lo que construir castillos, y casicas, y fuertes; algo hermoso con lo que jugar. Mira, déjalos, seguro que están extrañados con tu tabique, para qué complicárselo más. Habría que evitar que nunca, óyeme bien, nunca, llegaran a entender lo que hay detrás de esa inutilidad.

HOMBRE.- Pensamos justamente lo contrario, cuando yo lucho por abrirles los ojos, tú te empeñas en cerrárselos.

MUJER.- Pero es que yo soy su madre y si no se los cierro yo, a ver quién los duerme.

HOMBRE.- (Dejándola por imposible.) Voy por el agua.

(Sale. Tras una pausa se oye un grifo.)

MUJER.- No te olvides del serrín.

HOMBRE.- (Desde fuera.) No, ahora lo echo.

(La MUJER recoge la costura lentamente, se pone en pie, va hacia el tabique a medio construir y lo mira desafiante. Luego se sitúa ante la puerta del cuarto de los niños y espera. Entra el HOMBRE. Vuelve sin el cubo, espantado, aterrorizado. Se detiene en la puerta apoyándose en el marco. Intenta recuperarse de una fuerte impresión. La escena es larga, tensa, necesita un desenlace que no se produce. La MUJER lo contempla expectante, pero sin alarmarse.)

MUJER.- ¿Qué pasa?

HOMBRE.- Corre, coge a los niños y sácalos de casa, llévatelos lejos.

MUJER.- (Preocupada.) ¿Qué pasa?

HOMBRE.- Aléjalos de aquí, llévatelos.

MUJER.- ¿Qué ocurre?

HOMBRE.- No deben enterarse, al menos por ahora.

MUJER.- Pero, ¿de qué? ¿De qué no se tienen que enterar?

HOMBRE.- O tal vez sí. Sí, será mejor que se queden.

MUJER.- ¿Por qué no te aclaras?

HOMBRE.- Tú eres su madre, tú debes dormirlos, ¿no? Pues duérmelos. Mañana cuando despierten se lo explicaré. Dame tiempo para que me aclare y mañana se lo explico.

MUJER.- ¿Que les explicas qué? No me alarmes, ¿qué es lo que pasa? Dime.

HOMBRE.- Entra y duérmelos.

MUJER.- (Va a entrar.) Pero...

HOMBRE.- Duérmelos. Es preciso. Ahora no sabría qué decirles.

MUJER.- ¿Pero qué decirles de qué?

HOMBRE.- ¡Entra!, por favor.

MUJER.- Como quieras.

(Y entra al cuarto para dormirlos.)

HOMBRE.- (A solas.) ¡No es posible!

(Vuelve la cabeza y ve los teléfonos. Se precipita sobre ellos. Intenta llamar, y va arrojándolos lejos de él según comprueba que no funcionan. Lo cierto es que son teléfonos viejos, inservibles, sin cables que los comuniquen con el exterior. Va hacia la puerta del cuarto de los niños, pero no entra. Luego, por una escalera de mano, sube al andamio instalado en el interior del tabique. Toma un ladrillo, lo mira detenidamente y, con rabia, lo estrella contra el suelo.)

MUJER.- (Entrando, cierra tras de sí la puerta.) Los niños están dormidos, puedes despertarlos.

(El HOMBRE baja del andamio. Pasea nervioso por la habitación. La MUJER espera en silencio a que él le explique lo ocurrido. El HOMBRE se detiene frente a ella.)

HOMBRE.- No lo comprendo. No entiendo nada.

MUJER.- ¿Pero de qué?

HOMBRE.- No... no es posible.

MUJER.- Pero, ¿quieres hablar claro ya de una vez?

HOMBRE.- En el serrín...

MUJER.- (Impaciente.) ¡¿Qué pasa en el serrín?!

HOMBRE.- Hay un niño descuartizado.

MUJER.- ¡Dios mío!

HOMBRE.- Sólo he visto una pierna; bueno, y también un brazo. No he querido buscar más.

MUJER.- Pero... pero no es posible.

HOMBRE.- Es un niño de días; puede que recién nacido.

MUJER.- (Balbuceante.) No... no comprendo cómo...

HOMBRE.- El serrín lo trajiste del hospital, ¿no?

MUJER.- Sí, pero...

HOMBRE.- La explicación es lo de menos.

MUJER.- ¿Cómo lo de menos?

HOMBRE.- Sí, qué importa cómo ha venido hasta aquí. Después de tocar su mano... fría, cómo haya podido venir es lo de menos. Lo que importa es que está ahí, muerto, descuartizado.

MUJER.- No comprendo, no comprendo nada.

HOMBRE.- Yo tampoco. Podría inventar una explicación, pero comprenderlo no.

MUJER.- Tal vez sea de la clase de anatomía. Allí se hace la disección de los cadáveres, pero claro, después no los tiran al serrín.

HOMBRE.- Pudo haber nacido muerto.

MUJER.- Sí. Y la madre puede que tuviera interés en ocultarlo.

HOMBRE.- Pero descuartizarlo, ¿para qué?

MUJER.- No sé, la verdad es que es algo espantoso. Aunque eso sí, habrá que hacer algo.

HOMBRE.- Sí, algo habrá que hacer. No podemos tirarlo a la basura y continuar como si nada hubiera ocurrido.

MUJER.- ¿Quién lo habrá tirado, así, sin más? No puedo imaginarlo. Tendríamos que avisar al hospital.

HOMBRE.- O mejor a la policía.

MUJER.- ¿A la policía?

HOMBRE.- Sí, es un fastidio, ya lo sé; pero estas cosas son así. Si hubiera estado vivo podríamos ocultarlo, hacerlo nuestro. Para los que lo mataron habría sido igual, en cambio para nosotros todo sería distinto. No que así lo único que podemos hacer es dar cuenta de lo sucedido.

MUJER.- Pero, ¿a la policía...?

HOMBRE.- ¿A quién si no?

MUJER.- Vendrá el Juzgado.

HOMBRE.- Sí, supongo que tendrán que levantar acta. La muerte tiene sus formulismos.

MUJER.- ¿Quieres decir que van a entrar aquí?

HOMBRE.- Sí, claro.

MUJER.- Nadie ha entrado en casa desde...

HOMBRE.- ¿Desde que hago tabiques inútiles?

MUJER.- Comprenderás que...

HOMBRE.- Ya, ya sé que no es fácil de explicar. Tampoco a mí me hace gracia ver a la policía husmeando por aquí. ¿Te imaginas la cara que pondrán cuando vean el tabique?

MUJER.- Me la imagino.

HOMBRE.- Bueno, mira, tarde o temprano tenía que saberse ¿no?

MUJER.- Sí, claro, a ti qué puede importante. Al fin y al cabo tú pretendes hacer esto en un escenario ¿qué más te da que se sepa antes o después?

HOMBRE.- Tampoco estoy seguro de que sea éste el teatro que se debe hacer. Estoy en el camino, lo sé, pero mentiría si te dijera que estoy seguro.

MUJER.- En cualquier caso no es algo que te incomode demasiado.

HOMBRE.- Puede que no, pero sé que te incomoda a ti.

MUJER.- Ya me dirás.

HOMBRE.- De todas formas hay que hacerlo, así que lo mejor será quitárnoslo de encima cuanto antes. ¿Los niños están dormidos, no?

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- (Con cierta reticencia.) Pues aprovechemos la noche, hagámoslo en la oscuridad, mientras los limpios duermen. Igual que si fuéramos culpables.

MUJER.- Sí, será mejor así.

HOMBRE.- No, sería mejor de día, pero para eso habría que estar seguros.

MUJER.- ¿Seguros? ¿De qué?

HOMBRE.- No sé, de todo, supongo.

(Suena el timbre de la puerta.)

MUJER.- ¿Quién podrá ser?

HOMBRE.- Ve a ver.

MUJER.- ¿La policía?

HOMBRE.- Difícilmente. Aún no la hemos avisado.

MUJER.- ¿Y si alguien ha puesto una denuncia?

HOMBRE.- Pero ¿quién nos iba a denunciar?

MUJER.- No sé, la persona que lo haya matado.

HOMBRE.- ¿Para qué? ¿Qué interés podría tener?

MUJER.- ¡Ay! ¡¿Y yo qué sé?! Todo esto es muy confuso.

HOMBRE.- Será tu amigo; bueno, nuestro amigo.

MUJER.- ¿Tú crees?

HOMBRE.- Pues claro, mujer, ¿quién va a ser si no? Anda, ve y ábrele.

(La MUJER sale a abrir y, tras escucharse unos murmullos de conversación, vuelve a la sala seguida del AMIGO.)

HOMBRE.- ¿Qué hay?

AMIGO.- Poca cosa.

HOMBRE.- (Por la MUJER.) ¿Te ha contado ya?

MUJER.- No, no le he dicho nada.

AMIGO.- (Sin escucharles se dirige al tabique entre asombrado y divertido.) Bueno, pero esto es totalmente distinto.

HOMBRE.- (Olvida al niño y se deja absorber por sus ideas.) Sí, he cambiado el enfoque por completo.

MUJER.- Pero totalmente.

HOMBRE.- Había algo falso en el planteamiento. Figúrate al público sentado en la sala. Se alza el telón, y ¿qué ve? A un hombre que pone ladrillos.

AMIGO.- ¿Te refieres a la idea antigua?

HOMBRE.- Sí. Va levantando un tabique que separa el escenario del patio de butacas.

AMIGO.- ¿Estaba aquí, no?

HOMBRE.- Sí, lo he tirado.

AMIGO.- Pero ¿por qué? No estaba mal.

HOMBRE.- No, no era eso. Figúrate: el hombre trabaja con ahínco, quiere acabar el tabique. Los últimos ladrillos los pone con dificultad. Y, finalmente, queda atrapado con el cuerpo en el escenario y la cabeza fuera, dando al patio de butacas.

AMIGO.- A mí me gusta.

HOMBRE.- ¿Qué crees que pensarían?

MUJER.- Pues yo creo...

HOMBRE.- (Cortándola.) Como mucho, y no todos, sacarían la conclusión de que es imposible comunicar nada desde el escenario.

AMIGO.- Es lo que piensas ¿no?

HOMBRE.- No, no es eso lo que pienso.

AMIGO.- Yo creía...

HOMBRE.- No, la idea estaba ahí, pero no. Además, la solución lógica a ese planteamiento era la guillotina. De gran plasticidad, aunque, eso sí, excesiva. No una guillotina en el sentido literal, sino dejar caer algo que le arrancara la cabeza.

MUJER.- ¡Qué barbaridad!

HOMBRE.- El efecto sería espectacular. Y la metáfora... contundente. Algo forzada, pero contundente. El trabajo que aseguramos le dignifica, le ha cortado la cabeza.

AMIGO.- Pues no deja de tener su cosa.

HOMBRE.- Lo malo es que hay que matar un albañil en cada representación. Llevadas las cosas a ese extremo, creo que sería preferible dejarlos como están.

MUJER.- No, claro, visto así.

HOMBRE.- En cambio, de esta forma... construyendo el tabique circular se cuenta mejor que vive de su trabajo, con estrecheces, sí, pero podrá ir tirando. La sociedad pone a su alrededor cosas que, a un tiempo, lo sustentan y lo atrapan; y así, cuando haya concluido el edificio, él quedará dentro, prisionero. Y lo que es mejor, nunca sabremos con certeza si continúa vivo o si se habrá asfixiado.

AMIGO.- ¡Genial!

HOMBRE.- Y, bueno, no hay que matar a nadie, que siempre es un alivio.

AMIGO.- Y sólo de ayer a hoy...

HOMBRE.- Bueno, la idea no es del todo mía. (**Señalando la habitación de los niños.**) El mayor, jugando con los ladrillos, se encerró dentro de un círculo y no podía salir. Puede decirse que la idea es suya. (**Recuerda al niño muerto y se lo dice sin apenas transición.**) Tenemos un niño descuartizado dentro de un saco de serrín.

AMIGO.- ¿Se va a llamar así?

HOMBRE.- No, que tenemos un niño descuartizado dentro de un saco de serrín.

AMIGO.- Como título es algo fuerte. Además no tiene mucho que ver. Aunque, quién sabe, puede que funcione.

MUJER.- Lo que quiere decirte es que no-so-tros, en esta ca-sa, tenemos un niño descuartizado.

AMIGO.- (**Asombrado.**) ¿Descuartizado?

HOMBRE.- Sí.

AMIGO.- No.

MUJER.- Justo dentro de un saco de serrín.

AMIGO.- No... no le veo la gracia.

HOMBRE.- Como que no la tiene.

AMIGO.- Es una broma ¿no?

MUJER.- ¡Qué más quisiéramos!

HOMBRE.- No estamos precisamente para bromas.

AMIGO.- Pero ¿cómo un niño? ¿Un niño... conocido?

MUJER.- Un niño cualquiera.

HOMBRE.- Está ahí dentro, pasa si quieres y lo ves.

AMIGO.- ¿Habéis descuartizado...?

HOMBRE.- No, por Dios, lo tenemos. Ya es bastante.

MUJER.- No sabemos quién pudo hacerlo ni por qué.

HOMBRE.- (**Por su MUJER.**) Trajo un saco de serrín del hospital, ya sabes, para limpiar. (**Señalando el escombros.**) Y parece ser que venía dentro.

AMIGO.- ¿Así, sin más?

HOMBRE.- Estábamos pensando qué hacer, justo cuando has llegado.

AMIGO.- ¡Pero... pero eso es algo terrible!

MUJER.- La gente no tiene sentimientos, mata, descuartiza y luego tira los despojos. Para ellos debe ser fácil olvidar.

AMIGO.- (**Dirigiéndose al HOMBRE.**) Tampoco vosotros estáis muy afectados.

HOMBRE.- ¿Qué quieres?, ¿que salgamos a las escalera gritando y montando el número?

AMIGO.- No sé, pero la verdad... (**Al HOMBRE.**) Os veo...

HOMBRE.- (**Cortándole.**) ¿Al margen?

AMIGO.- Pues sí, ya que lo dices.

HOMBRE.- ¿Quieres decir que sigo hablando de ladrillos? ¿Que sigo poniendo el teatro entre mi vida y la de los demás? (**Pausa.**) Prefiero estar al margen antes que vivir entre mentiras como una mentira más.

AMIGO.- ¿Prefieres claudicar?

HOMBRE.- No sé disparar con balas de fogeo. Y si me decido tendré que hacerlo con todas las consecuencias.

MUJER.- Inténtalo.

AMIGO.- (**Sorprendido.**) ¿Podría?

HOMBRE.- (**Ajeno.**) Si supiera que iba a ser útil, pero no sé, de momento prefiero no implicarme. Es mejor para todos.

AMIGO.- Pero el niño está muerto.

HOMBRE.- Lo está. Eso es irreversible, le he tocado la mano. ¿Sabes lo que se siente? Está fría, sucia, llena de sangre y de serrín. Ojalá estuviera vivo, pero no. (**A la MUJER.**) ¿Qué sentido tiene perder el tiempo con un cadáver?

MUJER.- Yo...

HOMBRE.- Ya, nada sabías. En fin, despachemos este asunto con urgencia, cubramos los trámites que sean necesarios, y olvidémoslo. Es todo lo que da de sí.

AMIGO.- No sé, me sorprendes. Jamás hubiera imaginado que reaccionaras así en un caso como éste.

HOMBRE.- (Seco.) ¿Tengo que comportarme de una forma especial?

AMIGO.- Bueno, yo...

HOMBRE.- Voy abajo. Habrá que avisar a la policía. Telefonaré desde el bar.

MUJER.- Sí, será lo mejor.

AMIGO.- (Sin convicción.) Déjalo, yo bajaré.

HOMBRE.- No, bajo yo, necesito que me dé el aire.

MUJER.- Podías llamar también al hospital.

HOMBRE.- Que lo hagan ellos... si lo creen necesario. Me limitaré a contar lo que pasa. Prefiero no mezclarme. Al menos hasta no estar seguro de qué se puede hacer.

MUJER.- (Dándole la gabardina.) Ponte esto.

HOMBRE.- Deja, deja.

MUJER.- Debes abrigarte, ha refrescado bastante.

HOMBRE.- (Resignándose.) Bueno, venga.

AMIGO.- Sí, hace un frío que pela.

HOMBRE.- Cuida de que no se despierten los niños.

MUJER.- No te preocupes.

(El HOMBRE sale hacia la calle. Se escucha el portazo.)

AMIGO.- (Inaudible.) ¿Ya?

MUJER.- Mira a ver.

AMIGO.- (Sale al recibidor a comprobar.) Sí, se ha marchado.

MUJER.- ¡No! ¡No! ¡Y no! ¡No puedo más! ¡No aguanto más!
Es superior a mis fuerzas.

AMIGO.- (Bajando el tono.) Mujer, ten paciencia, ya nos queda poco.

MUJER.- ¿Por qué crees que resisto? Si esto se prolongara no podría soportarlo. Tengo los nervios rotos.

AMIGO.- ¿Cómo reaccionó?

MUJER.- (Eufórica.) Bien, le hizo efecto. Venía medio muerto. Tenías que haberlo visto, blanco como la cera. A tres metros se le oía latir el corazón.

AMIGO.- ¿No nos estaremos pasando?

MUJER.- No hay que dudar. Ahora no hay que dudar.

AMIGO.- Puede que tengas razón. Pero... ¿y si no lo conseguimos?

MUJER.- Lo conseguiremos. **(Reaccionando.)** Venga, vamos, no perdamos tiempo.

AMIGO.- De acuerdo. ¿Qué hacemos?

MUJER.- ¿Has traído la bolsa de plástico?

AMIGO.- Sí, toma.

MUJER.- Aún tardará, tiene que ir hasta el bar, pero es mejor darse prisa.

AMIGO.- Vale, vamos rápido. ¿Dónde está?

MUJER.- En el baño. **(Va a salir.)**

AMIGO.- (Cogiendo de nuevo la bolsa.) Deja, yo iré.

MUJER.- Sí, mejor que me quede por si se despiertan los niños.

(Sale el AMIGO. La MUJER va hacia el cuarto de los niños. Tropicza con los teléfonos que hay en el suelo, y los aparta a puntapiés. Al reparar en sus hijos, se contiene.)

AMIGO.- (Vuelve precipitadamente con la bolsa, ahora llena.) ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

MUJER.- Nada.

AMIGO.- Oí golpes.

MUJER.- ¡Ah! Tropecé con los teléfonos.

AMIGO.- ¿Dónde la pongo?

MUJER.- ¿Está todo?

AMIGO.- Sí.

MUJER.- ¿Has mirado bien?

AMIGO.- Sí, creo que sí. Eran cinco trozos, ¿no?

MUJER.- Sí, trae. (Le toma la bolsa.)

AMIGO.- (Por la bolsa.) ¿Dónde piensas ponerla?

MUJER.- (Colocándola dentro de la construcción de ladrillos.) La meteremos aquí.

AMIGO.- ¿No temes que la encuentren?

MUJER.- No, no mirarán. Está demasiado evidente. Estate tranquilo, no creo que lleguen a mirar en ninguna parte. Cuando entren y vean el panorama, se harán cargo enseguida de la situación. De todas formas, para más seguridad, podemos echar encima un poco de escombros.

AMIGO.- Sí, mejor tapparla un poco.

(Cogen cascos amontonados junto al tabique y los van echando en su interior.)

AMIGO.- ¿Tú crees que sospecha?

MUJER.- Qué va. Ni por lo más remoto.

AMIGO.- Estaba tranquilo. Demasiado tranquilo, diría yo.

MUJER.- Se hace el fuerte, pero está aterrado. Teme que sea una alucinación. Por eso no me ha dicho que entrara a verlo.

AMIGO.- Bueno, eso es normal, querrá evitarte el mal trago.

MUJER.- No, no es eso. Teme que no sea verdad. Eso es precisamente lo que teme de la policía, que le digan que no hay nada, que sólo hay serrín. En el fondo sabe que, tarde o temprano, alguien tendrá que confirmarlo. Yo diría más: necesita que alguien lo compruebe, que alguien comparta sus pesadillas. Pero tiene miedo porque no está seguro de nada. Ésa es su fuerza... y también su debilidad.

AMIGO.- Tal vez hayamos ido demasiado lejos.

MUJER.- No, no me arrepiento. No me arrepiento lo más mínimo. Es más, tenemos que llegar hasta el final.

AMIGO.- Temo que podamos excedernos. Al fin y al cabo...

MUJER.- ¿Excedernos? Quisiera verte en mi lugar. Una cosa es que te lo cuenten y otra muy distinta es vivirlo. ¿Sabes lo que es estar un día con otro viviendo dentro de una pesadilla?

AMIGO.- Ya, ya me figuro.

MUJER.- Es que es levantarse, vamos, lo que se dice poner el pie en el suelo y ya estás pisando cascotes. Y el polvo. Mira, mira cómo está todo; yeso por todas partes. **(Señalando.)** Andamios, ladrillos, cubos... Lo tiene todo patas arriba. Hasta en el cesto de costura me mete a veces las herramientas.

AMIGO.- Siempre ha sido muy desordenado.

MUJER.- Y si pudiera al menos irme a la calle; pero no, allí aún es peor. La gente me mira. ¿Cómo no van a mirar? Por más que me sacudo siempre voy llena de polvo. Al principio se podía disimular. Les decía, no sé: «Estamos haciendo obra en el cuarto de los niños. Mi marido, que es muy habilidoso. El mismo lo hace todo». Pero ya van seis meses. Hemos reformado la cocina, el baño, la terraza... Ya no sé qué inventar. Y claro, la gente hace comentarios. No me extraña, no para de entrar y sacar ladrillos.

AMIGO.- Verdaderamente...

MUJER.- El guardia viene todas las semanas a ver si tenemos la licencia. Normal. Los vecinos se quejan, y con razón. ¡Son seis meses construyendo y destruyendo tabiques! (**Rompe a llorar.**)

AMIGO.- Vamos, no te vengas abajo ahora, que ya estamos llegando al final.

MUJER.- Los niños, al principio, disfrutaban con la novedad. Esto de los ladrillos era más divertido que lo de los teléfonos, pero ya empiezan a hartarse de tanto tabique y sobre todo de tanta solemnidad. Pone los ladrillos, tan serio, tan... tan... Parece como si estuviera diciendo misa. No puedo más. Te juro que no puedo más.

AMIGO.- (**Abrazándola.**) Yo te sacaré de esta pesadilla. Huiremos juntos. Lejos.

MUJER.- Además el chico de la tienda se asoma; cuando entro a por el monedero para pagarle, echa una carrerilla y se asoma. Y cuando dice «Hasta mañana», tiene que morderse los labios para no reírse. Y yo... yo tengo que mordérmelos para no gritar.

AMIGO.- (**Señalando los teléfonos.**) Bien visto, su antigua manía era más soportable.

MUJER.- No sé qué decirte.

AMIGO.- Bueno, era más limpio... y revolvía menos.

MUJER.- Te diré. (**Representándose.**) Ponía los teléfonos en línea. Cogía uno, marcaba, esperaba en silencio y decía: «comunica». Y después colgaba. Luego el siguiente, y el siguiente, y el siguiente... hasta llegar al último. Entonces, cuando parecía que iba a acabar, daba la vuelta y empezaba de nuevo. Así todo el día. A la noche, ya para acostarse, como quien no quiere la cosa, decía: «Todo el mundo está comunicando», y saludaba. Saludaba mientras subía y bajaba el telón. Te juro que llegué a ver el telón subiendo y bajando.

AMIGO.- Está chiflado.

MUJER.- Lo que yo he aguantado... vamos, es para tener los nervios...

AMIGO.- Si me hubieras hecho caso, todo esto podías habértelo evitado.

MUJER.- ¿Cómo?, ¿fugándonos? No, nada se resolvería con una huida. Él habría inventado un drama lleno de maletas y baúles. Una obra capaz de perseguirnos en cualquier tren o barco que tomáramos. Lo suyo es construir pesadillas. Y para vencerle tendremos que inventar otra más fuerte, más aterradora. Sólo así podremos deshacernos de él.

AMIGO.- Bueno, en ello estamos. Ahora sólo tenemos que conservar la calma y seguir hasta el final.

MUJER.- Sí, la suerte ya está echada.

AMIGO.- ¿Crees que habrá tenido tiempo de llegar hasta el bar?

MUJER.- Probablemente.

AMIGO.- ¿Habrá llamado?

MUJER.- Sí, creo que sí. Como él dice, el hecho ya es irreversible.

(Se produce un silencio largo. El AMIGO pasea.)

AMIGO.- Y en el hospital, ¿habrán notado la falta?

MUJER.- No. No lo notarán. Cuando les avisen de comisaría, si es que lo hacen, se limitarán a consultar el registro, y no encontrarán nada. Rompí la ficha. Además, como el cuerpo no llegó al depósito, para quirófanos todo estará en orden y en autopsias no tendrán constancia. Así que poco pueden averiguar.

AMIGO.- Cuando vengan tenemos que tener cuidado. Como sospechen, todo el plan se nos vendrá abajo. Es necesario que crean que queremos protegerle.

MUJER.- No te preocupes. Sabré hacerlo.

AMIGO.- (Tomándola por los hombros, con admiración.)
Sí, se puede confiar en ti.

NIÑO.- (Desde fuera.) Mamá..., mamá.

MUJER.- Es el niño.

(Entra presurosa en la habitación. Se escucha, en murmullo, la conversación con el NIÑO.)

AMIGO.- (Acercándose a la puerta.) ¿Qué quiere?

MUJER.- (Solicita y acelerada durante toda la escena.) Sí, bonito, enseguida te traigo.

AMIGO.- ¿Qué pasa?

MUJER.- (Sale.) Nada, que quiere agua. **(Va hacia la cocina de donde vuelve con un vaso.)** Se ve que ha cenado mucho y tiene pesadillas. Hay que estar en todo. Te descuidas, y mira.

AMIGO.- ¿Habrá oído algo?

MUJER.- No, no creo. Estaba dormido. Además, es muy pequeño.

(Entra en el dormitorio. Pausa. Canturrea.)

A la nana nanita,
nanita ea,
mi niño tiene sueño,
bendito sea.

(Sale de nuevo.)

Ya está. Frito. ¿Ves? Son buenísimos. No dan ninguna guerra.

AMIGO.- (Junto al tabique circular y refiriéndose al niño descuartizado.) Da cosa pensar que estuvo nueve meses gestándose. Y el parto. Claro, que puede que naciera muerto. Pero es igual. Tanta ilusión, tanto dolor para esto, para acabar formando parte de una pesadilla.

MUJER.- Estaba muerto. Sólo lo hemos descuartizado.

AMIGO.- ¿Te parece poco?

MUJER.- Me parece que no es momento de andarse con remilgos. Lo hecho, hecho está.

AMIGO.- ¿No hubiera sido mejor cantarle una nana?

MUJER.- Sí, si estuviera vivo. Pero está muerto. Y ya es bastante inútil cantarle a un niño que duerme para...

AMIGO.- ¡Inútil! ¡Ésa es la palabra! ¿Qué tenemos? Un niño inútil enterrado en un tabique inútil. Es necesario salvarse de tanta inutilidad.

MUJER.- ¿Qué inutilidad?

AMIGO.- Todo. Todo es inútil. Ésa es la gran pesadilla. O si no, dime: ¿cuando esto acabe qué nos quedará? ¿Qué se podrá salvar de todo esto?

MUJER.- Tenemos el amor.

AMIGO.- (Sin convicción.) Sí, afortunadamente tenemos el amor. Nuestro amor. Pero ya ves, se enturbia. Si lo hubiéramos defendido a pecho descubierto, no que así...

MUJER.- ¿Qué otra cosa podíamos haber hecho?

AMIGO.- Gritarlo a los cuatro vientos. Si creemos que las cosas deben ser así, pues proclamarlo, defender nuestras verdades. Y escuchar, escuchar las tuyas por necias que nos parezcan.

MUJER.- Pero los niños se despertarían.

AMIGO.- Bueno. ¿Y qué? Pues que se despierten y sepan lo que es la vida.

MUJER.- Pero ¿qué dices? ¿Cómo vamos a despertarlos? Ellos no tienen por qué saber nada de lo nuestro. Son niños. ¿Qué quieres, que no vuelvan a conciliar el sueño?

AMIGO.- Sí, quiero que estén despiertos. Aunque no sé...

(Se escucha el llavín en la puerta.)

MUJER.- Ya está ahí.

(Aguardan en silencio hasta que el HOMBRE entra.)

AMIGO.- ¿Les avisaste?

HOMBRE.- Sí, ya vienen para acá.

MUJER.- ¿Crees que tardarán?

HOMBRE.- No sé, no creo.

MUJER.- Deberíamos ordenar esto un poco.

HOMBRE.- ¿Para qué?

AMIGO.- Si queréis os echo una mano.

MUJER.- Claro que siempre podremos decir que estamos de obra.

HOMBRE.- No, mira, ya está bien de andar justificándose. Si preguntan, se les dice la verdad y listo. Hago teatro, ¿no? Pues eso: Estoy ensayando y esto es un laboratorio, un taller de teatro. **(Con cierto cinismo.)** Desde aquí pretendo explicarle al mundo las cosas que no consigo entender.

AMIGO.- ¡Bravo! ¡Muy bien!

HOMBRE.- Si se lo creen o no, lo que piensen, lo que digan, eso es problema suyo. Por lo que a mí respecta, no estoy dispuesto a seguir negando la realidad. Esto es lo que soy y esto es lo que hay. ¿Para qué darle más vueltas?

AMIGO.- Di que sí. (**Pidiendo la aprobación de la MUJER.**)
Es lo mejor, ¿no?

HOMBRE.- (**También a la MUJER.**) Lo sé. Es peligroso jugar con las cartas boca arriba. Puede uno morir arrollado por sus propias verdades. Pero no, sobreviviré. El hombre que no es capaz de sobrevivir a su propia muerte no debería sobrevivir. (**Se escucha y dice para sí.**) Tendría que anotarlo. No está mal como epitafio.

AMIGO.- Tal vez ellos comprendan.

HOMBRE.- ¿La policía? Ellos comprenden sus cosas; como todo el mundo. ¿De qué entiende un zapatero? Pues de zapatos. Como el cirujano entiende de vísceras y el jurista de leyes. Puede que la policía averigüe cómo ocurrieron los hechos: nombre de la madre, lugar de nacimiento, circunstancias y causas de la muerte... Puede incluso, que nos diga con precisión a qué hora ocurrió. Pero el tabique, no. Sólo un albañil entendería por qué este tabique es inútil y qué sentido tiene su inutilidad. (**Pausa.**) Si es que la inutilidad tiene algún sentido.

AMIGO.- Siempre es molesto que te entre la policía por la puerta.

MUJER.- La verdad es que no sé a qué vienen tantos temores. Al fin y al cabo, no hemos hecho nada. ¿Por qué tenemos que preocuparnos?

HOMBRE.- Ésa es una buena pregunta.

AMIGO.- Sí. Estamos perdiendo el control de los nervios.

HOMBRE.- Puede que sea eso.

AMIGO.- Mira, lo mejor es esperar con calma.

MUJER.- De acuerdo. Hagamos como si nada hubiera ocurrido.

HOMBRE.- Eso, hagamos nuestra vida normal.

MUJER.- Yo seguiré cosiendo.

AMIGO.- Sí, tú sigue con lo tuyo. Y nosotros... pues podemos hablar de teatro. Tengo una idea para una obra que ya verás. O si quieres seguimos con la tuya, como quieras.

HOMBRE.- Ya, con un niño ahí descuartizado.

AMIGO.- Bueno...

HOMBRE.- ¿Eso es la vida normal? ¿Eso es como si nada hubiera ocurrido?

AMIGO.- (No muy seguro.) Pues sí.

HOMBRE.- Puede que tengas razón. Pero si es así, la vida normal es un asco.

MUJER.- (Toma el canasto de costura y se pone a coser.) Lo destrozan todo. No doy abasto con la costura. Siempre tengo el canasto a rebosar. (Pausa.) ¿Llamaste para que arreglaran el teléfono?

HOMBRE.- ¿Cuál de ellos?

MUJER.- ¿Cuál va a ser?, el bueno, el que está conectado con Telefónica.

HOMBRE.- No, no lo hice.

AMIGO.- Yo avisaré luego desde casa. Contando con que el mío funcione. (A la MUJER.) ¿Qué es lo que tiene?

MUJER.- Descuelgas y da comunicando.

AMIGO.- ¡Ah! Es muy frecuente.

HOMBRE.- (Se sube a la escalera para meterse en el tabique circular, y dice con ironía.) Continuemos con la vida normal. (Para añadir con naturalidad.) ¿Quieres alcanzarme el yeso?

AMIGO.- ¿Vas a continuar?

HOMBRE.- Sí, seguiré hasta el último momento.

AMIGO.- (Acercándole el yeso con remilgos.) Esto es más sucio que escribir a máquina.

HOMBRE.- (Cordialmente.) Ya lo creo. (Y le coge el yeso desde el andamio.)

MUJER.- (Con tranquilidad, al ver que ha cesado la tensión.) En el fondo creo que me alegro.

HOMBRE.- ¿Que te alegras? ¿De qué?

MUJER.- De que se sepa todo.

HOMBRE.- ¿Y eso?

MUJER.- Pues porque en el fondo yo soy partidaria de que las cosas estén claras.

HOMBRE.- Más vale que te lo tomes así.

MUJER.- ¿Eres un autor teatral, no? Pues en voz alta: «Eres un autor teatral». No eres un loco. Tal vez piensen que eres un escritor loco, pero ya no es lo mismo. Confieso que en este momento lo que menos me preocupa es que tu obra tenga éxito o no. Para mí lo importante es que, a partir de ahora, podré saludar a los vecinos con tranquilidad.

HOMBRE.- ¿Crees que así se solucionará tu problema con los vecinos?

AMIGO.- (Se hace de nuevas.) ¿Tienes un problema con los vecinos?

MUJER.- Son cosas mías. A vosotros puede que os dé igual, pero a mí me importa lo que piense la gente.

HOMBRE.- Mejor así, ¿no? La verdad es que no importa tanto lo que ocurre como asumir lo que ocurre.

MUJER.- Sí, puede que sí.

HOMBRE.- (Que ya tiene amasado el yeso. Con cansancio.) En fin, continuemos la representación. Habrá que seguir construyendo. La civilización se construye así, en ratos perdidos y, claro, así nos está saliendo. (Para sí.) Un ladrillo... otro... otro más... (Pausa.) El Hombre, el animal inteligente, levanta torres, fortalezas inexpugnables, a las que la naturaleza no tendrá acceso. La vida quedará fuera o, como mucho, entrará como esclava: geranios, perros, tortugas de compañía... Podríamos vivir conectados, comunicados con el universo, y nos estamos quedando aislados, perdidos, solos. Tan solos como un niño descuartizado en el fondo de un saco de serrín. (Continúa poniendo ladrillos en silencio. Tras una pausa, entre dientes y con rabia.) Solos. Estúpidamente solos.

(Oscuridad.)

(Pasados unos segundos vuelve la luz. Todo está igual, salvo el tabique que ha subido un metro aproximadamente. Para el efecto, puede utilizarse un escotillón o bien, construir el tabique con un dispositivo telescópico.)

AMIGO.- (Tras permanecer un rato en silencio.) Tal vez no le iría mal algo de diálogo.

HOMBRE.- ¿Tú crees?

AMIGO.- Demasiado silencio. ¿No?

HOMBRE.- No es que sea demasiado, es que es el silencio. Todo es silencio.

AMIGO.- No, si no está mal. Sobre todo para los sordos.

HOMBRE.- (Sin ofenderse.) Y qué más da; tanto si son sordos como si no, han decidido no escuchar. **(Recapacita un momento.)** O alguien ha decidido por ellos, que para el caso...

MUJER.- A veces me pregunto por qué sois amigos, incluso cómo es que os conocéis. Lógicamente, os teníais que haber cruzado como se cruzan un árbol y... un pez.

HOMBRE.- Difícilmente.

MUJER.- Eso, eso quiero decir. Difícilmente. Y sin embargo, aquí estáis una tarde tras otra.

AMIGO.- Nunca está de más contrastar...

HOMBRE.- ¿Los pareceres?

AMIGO.- (Dubitativo.) Sí.

MUJER.- (Tras mirar el reloj.) Tardan ¿No?

AMIGO.- ¿Quién?

MUJER.- La policía.

HOMBRE.- Mujer, esto no es el cine. Apurar el café, ponerse la chaqueta, sacar el coche del garaje... Esas cosas llevan su tiempo.

MUJER.- Lo lógico es que avisen a un coche patrulla. Vamos, digo yo.

AMIGO.- Llegarán, puede que tarden, pero seguro que vienen. Como comprenderás no van a olvidarse de un niño descuartizado. Además, son gente eficiente.

HOMBRE.- Cada uno en su oficio acaba acostumbrándose a sus propios errores. Aunque estoy de acuerdo contigo en que no dejarán de venir. **(Hace por salir del tabique.)**

AMIGO.- ¿No sigues?

HOMBRE.- Estoy cansado. Sujétame la escalera.

AMIGO.- **(Sujetándosela.)** Espera.

HOMBRE.- **(Sale con gran dificultad, pues el espacio que queda entre tabique y techo es muy reducido.)** A ver, échame una mano.

AMIGO.- **(Ayudándolo.)** Con cuidado.

MUJER.- Un día acabarás partiéndote una pierna.

HOMBRE.- Ya está. Menos mal que normalmente no hay que entrar y salir durante la representación.

AMIGO.- Sí, resulta complicado. La verdad es que te va a costar encontrar un actor que quiera hacer esta obra.

HOMBRE.- He pensado que no, que es mejor que la represente un albañil. Será más fácil conseguir que un albañil represente su propio papel que no encontrar un actor que quiera trabajar. Y menos en algo tan sucio. **(Se lava las manos en un cubo de agua.)**

AMIGO.- Si todo lo que hay que hacer es construir un tabique, verdaderamente no tienes necesidad.

HOMBRE.- **(Sacude las manos y cae desfallecido en el sillón.)** Estoy hecho migas.

AMIGO.- Te empeñas en hacerlo tú mismo y, claro, como no estás acostumbrado. Esa manía tuya de experimentarlo todo.

HOMBRE.- (Al AMIGO.) ¿No decías que habías escrito algo?

AMIGO.- ¡Ah, sí! De momento es sólo una idea. (**Halagado porque se interese por su trabajo.**) Nada definitivo.

HOMBRE.- (Sin mucho interés.) Cuéntanosla... mientras vienen.

AMIGO.- Está sin perfilar aún.

HOMBRE.- Bueno, si no quieres...

AMIGO.- (**Deseando contarla.**) No, no, por qué no voy a querer.

HOMBRE.- Venga, pues cuéntala.

AMIGO.- Es de hippies. No, bueno, no exactamente, pero como si lo fueran. Son hippies de aquí, de los del país.

HOMBRE.- (**Que lo escucha sin prestar demasiada atención.**) Ya.

AMIGO.- La chica, una de las hippies, se casa con un abogado. Un abogado, un notario o algo así; aún no lo tengo claro. La obra transcurre durante la noche de bodas. Y ahí está el intrínquis. Por lo visto el novio no cumple como es de esperar en una noche así, y la chica, desolada, se lo cuenta a los otros hippies; y ellos, para consolarla, van subiendo uno tras otro al dormitorio con el fin de acostarse con ella.

MUJER.- ¡Pero bueno, eso es una inmoralidad!

AMIGO.- Espera, espera. No saques conclusiones.

MUJER.- (**Comprendiendo.**) ¡Ah!

AMIGO.- El novio, como podéis imaginar, está indignado, pero no dice ni hace nada hasta que no amanece. Entonces es cuando se explica. Por lo visto había hecho la promesa de no acostarse con su mujer la primera noche si es que conseguía casarse con ella. El pobre no las tenía todas consigo. Y es que, como la chica era hippy, dudaba que se lo tomara en serio; precisamente, manda narices, por lo serio que era. **(Ríe su propia gracia sin que nadie le acompañe.)** Total, que ya puestos, el hombre se planta en sus trece y pide explicaciones: a ver a cuento de qué ese trasiego de gente entrando y saliendo del dormitorio. Y es entonces cuando se aclara el equívoco.

Contra lo que pudiera parecer, resulta que no; hacían como que se acostaban, pero no. Todo era un plan para que el novio comprendiera cuál era su cometido en una noche así. Esto además será de bastante efecto, porque cuando se encerraban en el dormitorio... ¿Sabéis qué es lo que hacían? **(Y ufano, aguarda la respuesta.)**

MUJER.- No me lo figuro.

HOMBRE.- Adelante, ¿qué es lo que hacían?

AMIGO.- Crucigramas.

MUJER.- ¿Crucigramas?

AMIGO.- Eso es, crucigramas.

MUJER.- (Divertida.) ¡Qué barbaridad, qué cosas se te ocurren! Mira que crucigramas...

AMIGO.- Vaya, vaya.

MUJER.- Increíble. **(Al HOMBRE.)** ¿No?

AMIGO.- ¿Qué, qué te ha parecido?

HOMBRE.- Muy... comercial.

MUJER.- ¿Verdad que sí?

HOMBRE.- Por cierto, ¿el marido estaba presente durante los... crucigramas?

AMIGO.- Bueno, eso aún no lo tengo claro. Tampoco importa mucho.

HOMBRE.- Supongo que es más lógico que no estuviera, pero tendrás que justificar su ausencia. No lo vas a tener toda la noche en el retrete.

AMIGO.- Podría sacarlo al salón. Como es la noche de bodas resultaría creíble que estén en una suite.

HOMBRE.- ¿Los hippies en una suite?

AMIGO.- Sí, habrá que mirar eso. Ya sé que la idea hay que perfilarla, pero ¿a que lo de los crucigramas puede tener su cosa?

34

HOMBRE.- Seguro.

MUJER.- Además, no hay ni un solo adulterio.

AMIGO.- Ninguno. Todo es de lo más decente.

HOMBRE.- (A la MUJER.) Conque por qué, ¿eh? ¿No decías que por qué pasábamos las tardes juntos?

MUJER.- Sí, ¿por qué?

HOMBRE.- Creo que ya sé qué es lo que nos une.

AMIGO.- (Halagado.) Ah, ¿sí?

HOMBRE.- Para mí que es un caso clarísimo de simbiosis.

MUJER.- ¿Y eso qué es?

HOMBRE.- ¿La simbiosis? ¿No sabes lo que es la simbiosis? Pues cuando dos seres vivos de distinta especie se asocian de forma que ambos se benefician mutuamente. Se da mucho en la naturaleza. El tiburón y la rémora, por ejemplo. ¿Hay dos bichos más distintos? Y sin embargo ahí los tienes, juntos de por vida.

MUJER.- Pero la rémora es un parásito. Come de lo que caza el tiburón.

HOMBRE.- Eso se creyó durante mucho tiempo, pero no. Cierto que se alimenta de lo que el tiburón caza, pero a cambio, ella lo orienta, lo guía. Es ella, tan pequeña, la que conduce la masa bruta y trituradora del tiburón.

AMIGO.- ¿Y qué tengo yo que ver con la rémora?

HOMBRE.- Nada. En todo caso con el tiburón.

(Suena el timbre de la puerta.)

MUJER.- (Nerviosa.) Debe ser la policía.

HOMBRE.- Bien, ya están aquí.

AMIGO.- ¿Voy a abrir?

35

HOMBRE.- Espera un momento, que me centre. Con tanto teatro y tanta historia nos hemos olvidado de lo fundamental.

MUJER.- Anda, ve y abre. No debemos hacerles esperar. Pueden sospechar.

HOMBRE.- ¿Sospechar? ¿De qué?

MUJER.- ¿Qué sé yo? Sospechar. Es su oficio, ¿no?

(Vuelve a sonar el timbre.)

MUJER.- ¿Ves como se impacientan?

HOMBRE.- Vaya, traen prisa. **(Va hacia la puerta.)**

MUJER.- Si te parece...

AMIGO.- Deja, yo abriré.

(Se anticipa y sale. El HOMBRE y la MUJER quedan esperando a que entren. Vuelve el AMIGO precedido de un INSPECTOR y un COMISARIO de policía.)

INSPECTOR.- Buenas noches.

AMIGO.- Pasen, pasen por aquí.

COMISARIO.- ¿Telefearon ustedes a comisaría?

MUJER.- Sí, fuimos nosotros.

COMISARIO.- (**Dirigiéndose al HOMBRE y al AMIGO.**)
¿Quién fue quien puso la denuncia?

HOMBRE.- Fui yo.

COMISARIO.- (**Reparando en el aspecto de la habitación.**) Vaya, por lo que veo están ustedes de reforma.

HOMBRE.- Sí.

36

MUJER.- Ya sabe, en las casas siempre hay alguna obra que hacer.

COMISARIO.- ¿Es usted el albañil?

HOMBRE.- No exactamente.

COMISARIO.- ¿Y eso? Explíquese.

HOMBRE.- No me dedico a la albañilería, si es a eso a lo que se refiere. Aunque sí soy el que ha construido el tabique.

COMISARIO.- ¡Ah! Vamos, chapuzante.

INSPECTOR.- Hay que agarrarse a lo que se pueda.

MUJER.- Es mi marido.

COMISARIO.- ¿Su marido? (**Carraspea.**) Perdone mi torpeza, le vi vestido así y pensé... (**Cambiando de tono.**) Bueno, yo me dedico a la carpintería, ¡me chifla la carpintería!, en casa todo lo arreglo yo. A veces pienso que mi mujer rompe las cosas para darme entretenimiento. (**Observando el tabique.**) Oiga, pues está muy bien hecho. Para no ser un profesional... (**Va dando lentamente la vuelta al tabique.**) Pero que muy bien hecho, sí señor.

MUJER.- Es que es muy mañoso.

COMISARIO.- (**Que no deja de dar vueltas al tabique.**) Perdone la curiosidad, pero... ¿esto qué es lo que es?

HOMBRE.- Un tabique. Un tabique circular.

INSPECTOR.- Sí, eso pensaba yo, pero la verdad, no me atrevía a decirlo, por si acaso era otra cosa.

HOMBRE.- Pues ya ve, es sólo eso.

COMISARIO.- (**Perplejo.**) Y una pregunta. Permítame una pregunta. No es que yo quiera inmiscuirme; usted, en su casa, como comprenderá, es muy dueño de construir lo que quiera. Pero... sólo por satisfacer mi curiosidad, ¿puedo preguntarle una cosa?

HOMBRE.- Adelante, pregunte.

COMISARIO.- ¿Qué es? ¿Para qué sirve?

37

HOMBRE.- Para nada, es inútil.

INSPECTOR.- Eso mismo estaba pensando yo. Ese tabique no sirve para nada. Es más, yo diría que hasta estorba.

HOMBRE.- Está usted en lo cierto, estorba. No sabe lo que me alegra que lo haya comprendido con tanta facilidad.

COMISARIO.- (**No queriendo reconocer que no comprende lo que comprende su subordinado.**) Ciertamente, hasta estorba. (**Y queda mirando sin comprender.**) Pero en fin, vayamos a lo que importa ¿Saben lo que pasa? Que la profesión lo hace a uno curioso por naturaleza. Espero que sepan disculparme.

HOMBRE.- No se preocupe.

MUJER.- Puede usted preguntar todo cuanto quiera.

HOMBRE.- Además, es lógico que le llame la atención. No es frecuente ver tabiques como éste.

COMISARIO.- Y menos en un sitio así. (**Pausa.**) Pero, centrémonos en lo que importa. ¿Dónde está el niño?

MUJER.- ¿El niño?

COMISARIO.- Ustedes denunciaron que habían encontrado un niño descuartizado.

HOMBRE.- Sí, fui yo quien lo encontré, pero sólo una pierna y... bueno, también un brazo.

COMISARIO.- ¿Quiere decir que no está completo?

HOMBRE.- No sé, no pude seguir buscando. Ya sabe, la impresión.

COMISARIO.- A ver, a ver, que yo me aclare. ¿Dónde lo encontró?

HOMBRE.- En el baño, dentro de un saco de serrín.

COMISARIO.- ¿Tienen un saco de serrín...?

MUJER.- Lo traje del hospital. Trabajo allí.

COMISARIO.- ¿En el hospital?

38

MUJER.- Sí, de enfermera.

COMISARIO.- ¿Y para qué lo trajo?

MUJER.- Por la obra, para la limpieza.

COMISARIO.- Claro, claro.

MUJER.- Con el escombros se ensucia todo y, echando serrín mojado, es más fácil limpiar.

COMISARIO.- O sea, que el niño venía dentro.

MUJER.- Sí, pensamos que sí.

COMISARIO.- ¿Y tienen alguna idea de por qué lo han descuartizado?

MUJER.- Hemos pensado que ha podido ser en la clase de anatomía.

COMISARIO.- (Para sí.) Es lo más lógico. (Al INSPECTOR.) Bien, eso lo explica todo. (Dirigiéndose al HOMBRE.) Vaya soponcio ¿no? La verdad es que encontrarse a un niño descuartizado en el baño, así, sin más ni más...

HOMBRE.- Sí, es... es desconcertante.

COMISARIO.- En fin, veo que estamos sobre la pista. (**Al INSPECTOR.**) Telefóneee usted al hospital para que comprueben la desaparición del cadáver, mientras yo inspecciono en el saco ése. Créanme que no comprendo esa manía de los estudiantes de jugar con los cadáveres. Cuando yo era joven, contaban que un alumno de Medicina metió en el bolso de una compañera nada menos que... (**Interrumpe la narración y carraspea.**) En fin, tal vez no sea correcto contarle delante de una señora. En cualquier caso no soy partidario de este tipo de bromas. (**Al ver que el INSPECTOR aún permanece allí.**) Pero vaya, vaya; vaya a telefonar.

INSPECTOR.- (**Señalando los teléfonos.**) ¿Puedo hacerlo desde aquí?

AMIGO.- Me temo que no, están averiados.

INSPECTOR.- ¿Todos?

39

HOMBRE.- Son teléfonos viejos.

COMISARIO.- (**Rápidamente y adelantándose al INSPECTOR.**) ¿Inútiles?

HOMBRE.- Eso es, inútiles.

COMISARIO.- (**Satisfecho del acierto.**) Ya me parecía a mí.

MUJER.- (**Señalando a su marido.**) Antes trabajaba con teléfonos.

COMISARIO.- O sea, que también sabe usted de electrónica. (**Celebrándolo.**) Es usted polifacético.

INSPECTOR.- Seguro que conoce el manual «Hágaselo usted mismo». Yo tengo uno en casa. Me lo regaló el comisario.

HOMBRE.- No, no lo he leído, aunque tengo referencias. Verá, lo mío no es exactamente el bricolaje. Me gusta encontrarle un sentido a las cosas. Eso es todo.

INSPECTOR.- (**Seriamente asombrado.**) ¿Y se lo encuentra?

HOMBRE.- No.

INSPECTOR.- Ya me extrañaba a mí.

COMISARIO.- (**Evitando el lucimiento del INSPECTOR.**) Bueno, si no puede telefonar desde aquí, baje al coche-patrulla.

INSPECTOR.- Ya sabe que la emisora está averiada.

COMISARIO.- Pues vaya a cualquier parte. Es importante determinar cuanto antes la procedencia del cadáver. (**Al AMIGO.**) Habrá algún teléfono próximo, ¿no?

AMIGO.- Sí, en el bar de la esquina. A un par de minutos de aquí.

MUJER.- (**Al AMIGO.**) Ve tú con él.

AMIGO.- Si quiere puedo acompañarle.

INSPECTOR.- Si es tan amable.

40

COMISARIO.- (**Al INSPECTOR.**) Avise también al juzgado.

INSPECTOR.- De acuerdo, los llamaré.

AMIGO.- (**Al INSPECTOR.**) Cuando quiera.

(Salen los dos.)

COMISARIO.- (**Al HOMBRE.**) Para qué demorarlo más, habrá que verlo. Treinta años de profesión y aún no acabo de acostumbrarme a ver cadáveres, y más si están descuartizados.

HOMBRE.- Venga, es por aquí.

COMISARIO.- (**Al pasar junto al tabique medio tropieza con él.**) ¡Vaya que si estorba!

HOMBRE.- Tenga cuidado, no se manche.

COMISARIO.- (**Sacudiéndose.**) No se preocupe, no es nada.

MUJER.- ¿Quiere un cepillo?

COMISARIO.- No, deje, no es necesario. (Al HOMBRE.)
Siga, lléveme al baño.

(Sale el HOMBRE y, tras él, el COMISARIO.)

MUJER.- (Se acerca a la puerta del dormitorio de sus hijos.) Dormid tranquilos. Nadie va a perturbar vuestro sueño. Vuestra madre cuida de vosotros. Dormid, dormid tranquilos que aquí estoy yo para defenderos.

HOMBRE.- (Vuelve apresurado, se detiene.) No está. (Interroga con la mirada.)

COMISARIO.- (Llega tras de él.) ¿Se puede saber qué es lo que pasa?

HOMBRE.- No comprendo qué ha podido ocurrir.

41

MUJER.- ¿Que no está...?

COMISARIO.- No.

MUJER.- Pero, ¿cómo que no está?

COMISARIO.- El saco está vacío y el serrín por el suelo, pero del niño nada, ni rastro.

HOMBRE.- ¿Ha entrado alguien al baño?

MUJER.- Nadie, ¿quién iba a entrar?

COMISARIO.- (En un esfuerzo por hacerse con la situación.) Un momento, un momento, no precipitemos las cosas. Es mejor que repasemos los hechos con tranquilidad y, a ser posible, en su orden.

HOMBRE.- Pero si estaba... Si hace un momento...

COMISARIO.- Déjeme, déjeme a mí. No perdamos la calma. Ya verá como todo se aclara.

HOMBRE.- (Para sí.) No entiendo. No es posible.

COMISARIO.- (Tomando la silla.) ¿Puedo?

MUJER.- Sí, claro, cómo no.

COMISARIO.- (**Sacude el polvo de la silla y se sienta.**)
Bien, vamos a ver. Ustedes están casados, ¿no?

MUJER.- Sí. Pero ¿qué tiene eso que ver?

COMISARIO.- Nada, por supuesto. (**Pausa.**) Verá, tendré que hacerles un pequeño interrogatorio. Nada importante, cosa de rutina, pero muy necesario para que yo me aclare. Comprenda que no les conozco de nada.

MUJER.- No se preocupe, me hago cargo.

COMISARIO.- Pues vamos a ello. ¿Tienen hijos?

MUJER.- Sí, dos.

COMISARIO.- ¿Algún aborto?

MUJER.- Varios.

42

COMISARIO.- ¿Algún hijo les nació muerto?

MUJER.- Varios.

COMISARIO.- Ya. (**Pensativo.**)

MUJER.- Del último hace más de dos años.

COMISARIO.- Ya. (**Al marido.**) ¿Y usted en qué trabaja?

HOMBRE.- Escribo teatro.

COMISARIO.- ¡Caramba! Créame que jamás lo hubiera adivinado. No es que no lo considere capaz, no es eso. Pero, primero me sorprendió usted con la albañilería, luego lo hizo con la electrónica, y ahora me sorprende de nuevo con eso de que sea usted autor teatral.

MUJER.- No está bien que yo lo diga, pero es un gran autor.

COMISARIO.- ¿Tiene alguna obra en cartel?

HOMBRE.- No. Bueno... no he estrenado ninguna... todavía.

COMISARIO.- Ya.

MUJER.- Mi marido escribe teatro experimental.

COMISARIO.- Tendrán que disculparme, pero no estoy muy puesto en estas cuestiones. Aunque no sé por qué se me antoja que eso del teatro experimental no debe ser muy rentable.

HOMBRE.- No, no da dinero, si es a eso a lo que se refiere.

COMISARIO.- Y entonces, ¿de qué viven?

HOMBRE.- Mi mujer es enfermera.

COMISARIO.- En el hospital.

MUJER.- Sí, en quirófanos.

COMISARIO.- Por lo visto, escribir teatro debe dejarle mucho tiempo libre. Lo digo por su afición a los teléfonos y a los tabiques.

HOMBRE.- Los teléfonos y los tabiques son mis obras de teatro.

COMISARIO.- A ver, a ver, explíquese ¿Los teléfonos y los tabiques son...? Creo que va a tener que explicarme eso con más detalle.

HOMBRE.- «Los teléfonos» y «Los tabiques», son los títulos de dos de mis obras.

COMISARIO.- ¡Sorprendente! Qué coincidencia, ¿verdad? **(Mientras mira con detenimiento teléfonos y tabique.)** Vaya, vaya. Supongo que no le importará contarme de qué van. Brevemente, sólo el argumento, tampoco es preciso que se adentre en detalles.

HOMBRE.- No tengo inconveniente. Verá, en «Los teléfonos», un hombre intenta llamar a alguien desesperadamente. Coge uno, marca. Luego otro, y otro, y otro. Con todos hace lo mismo, cuelga, y dice sólo una palabra: «comunicando»... «comunicando»... «comunicando»...

COMISARIO.- ¿«Comunicando»? ¡Hombre! Yo recuerdo una canción... **(Se interrumpe.)** Perdone, siga.

HOMBRE.- Al final se vuelve al público lentamente y dice: «Todos están comunicando».

COMISARIO.- ¿Nada más?

HOMBRE.- No tengo necesidad de añadir nada más para decir lo que quiero decir.

COMISARIO.- (Que no entiende nada.) Ya.

HOMBRE.- En «Los tabiques», es un albañil el que, en silencio, construye a su alrededor un tabique para, finalmente... y fatalmente, quedar atrapado dentro de él.

COMISARIO.- ¿Un tabique circular?

HOMBRE.- Sí, éste. Precisamente estaba ensayando cuando llegaron.

COMISARIO.- Confieso que hace mucho, pero muchísimo tiempo que no voy al teatro. Sin embargo recuerdo que vi una vez una obra... ¿Cómo se llamaba? No sé, no recuerdo bien. Ahora, eso sí, aquello era muy distinto. Ha debido cambiar mucho el teatro desde entonces.

44

HOMBRE.- Me temo que no ha cambiado gran cosa.

COMISARIO.- Y si no me equivoco, por lo que veo, su próxima obra se llamará «Los niños descuartizados».

HOMBRE.- (Desafiante.) Es muy posible.

COMISARIO.- Celebro que se haya limitado a llenar la casa de cadáveres imaginarios; de haberlo hecho con cadáveres reales, la cosa se habría complicado bastante.

HOMBRE.- ¿Cómo dice?

COMISARIO.- (Para sí.) Estos intelectuales... **(En voz alta.)** Vaya, vaya, vaya, «Los teléfonos», «Los tabiques» y «Los niños descuartizados», y así de pasada y como quien no quiere la cosa un pequeño escándalo para hacerse publicidad. Cómo son ustedes los del teatro, no saben qué hacer para llamar la atención. Un niño descuartizado en un saco de serrín. ¡Qué imaginación! Claro, es su oficio, imaginar fantasías. **(Casi dándole el tirón de orejas.)** Pero esta vez se ha pasado un pelín, ¿eh?

HOMBRE.- Lamento no estar de acuerdo con su desenlace. Sería muy cómodo, pero no; el cadáver es real y no fruto de mi imaginación. Lo toqué, ¿sabe? Lo he tenido en mis manos. Es... es tan cierto como usted o como yo.

COMISARIO.- Tendrá que demostrarlo.

HOMBRE.- ¡¿Demostrarlo?! Mire, ya es bastante doloroso tener que dar cuenta, para además tener que demostrarlo.

INSPECTOR.- (A la MUJER que, deliberadamente, ha permanecido al margen.) ¿Usted vio el cadáver?

MUJER.- ¿Yo?

COMISARIO.- Sí, ¿vio usted el cuerpo del niño?

MUJER.- (En voz baja, tras una pausa.) No.

COMISARIO.- Lo suponía.

MUJER.- (Rápidamente.) Pero él lo vio.

45

COMISARIO.- Y cuando supo que había un niño no entró a ver?

MUJER.- No.

COMISARIO.- ¿No sintió curiosidad?

MUJER.- Francamente, no.

HOMBRE.- Tampoco yo la habría dejado entrar, no es nada agradable.

COMISARIO.- Me hago cargo. (Recapacita.) ¿Ese otro señor...? Por cierto, ¿es pariente de ustedes?

MUJER.- Es amigo de la casa.

COMISARIO.- ¿Lo vio él?

MUJER.- No, tampoco.

COMISARIO.- O sea, que sólo lo vio usted.

HOMBRE.- Lo vi y lo toqué.

COMISARIO.- (En pie.) Vamos por partes. O sea que usted entró en el cuarto de baño y lo vio.

HOMBRE.- No exactamente. Primero llené los cubos. Iba por agua para hacer yeso.

COMISARIO.- Entonces ¿cómo fue que metió la mano en el serrín?

MUJER.- Yo le dije que echara en el pasillo por si se le derramaba el agua.

COMISARIO.- Ya. Y es entonces cuando mete la mano en el saco, encuentra al niño y grita.

HOMBRE.- Sólo lo encuentro.

COMISARIO.- ¿Cómo dice?

HOMBRE.- Sí, que lo encuentro, pero sin gritar. No me gustan los gritos, es un recurso fácil.

COMISARIO.- Bien, es igual ¿qué fue lo que hizo entonces?

46

HOMBRE.- Vine aquí y se lo dije a ella.

COMISARIO.- ¿No estaba su amigo?

MUJER.- Él vino más tarde.

COMISARIO.- ¿Mucho más tarde?

MUJER.- No, enseguida.

COMISARIO.- Y fue después de que él viniera cuando usted salió a telefonar.

HOMBRE.- Sí.

COMISARIO.- Mientras su mujer y su amigo se quedaban aquí.

HOMBRE.- Así es.

COMISARIO.- (A la MUJER.) Y él tampoco entró. Está usted segura, ¿no?

MUJER.- Estuvimos todo el tiempo juntos. Yo estaba muy nerviosa.

COMISARIO.- (Al HOMBRE.) Y aún así insiste en que no son imaginaciones suyas.

HOMBRE.- Por supuesto que no lo son.

COMISARIO.- Luego insinúa que fueron ellos los que escondieron el cadáver.

HOMBRE.- No, yo no he dicho eso. De acuerdo, soy el primero que no entiende lo que pasa. Puede que esté en otro sitio. Creo que deberían hacer un registro.

COMISARIO.- ¿Pero es que no le basta con inventarse un niño muerto, para encima ponerlo a jugar al escondite?

(Suena el timbre.)

COMISARIO.- (Al HOMBRE.) Debe ser el Inspector. ¿Quiere abrirle?

47

HOMBRE.- (Va a abrir. Se detiene.) No sé qué es lo que está pasando, pero puede estar seguro de que no son figuraciones mías.

(Sale.)

MUJER.- Por favor, no se enoje con él, no hemos podido evitar que los llamara. Está... no sé... **(Finge que rompe a llorar.)**

COMISARIO.- No se preocupe, no se preocupe, me hago cargo.

(Entra el INSPECTOR, el AMIGO y el HOMBRE por este orden.)

COMISARIO.- ¿Llamó al juzgado?

INSPECTOR.- Pues no, no lo hice.

COMISARIO.- ¿Y eso?

INSPECTOR.- Verá, llamé primero al hospital. Hicieron las comprobaciones y por lo visto no se había extraviado ningún cadáver.

COMISARIO.- (Al HOMBRE.) Como verá, eso confirma mi teoría.

INSPECTOR.- Por cierto, se molestaron mucho. El encargado del depósito hay que ver cómo se puso: «¡En diecisiete años jamás se me ha perdido ninguno!», gritaba. Qué poco sentido del humor. En fin, a lo que íbamos.

COMISARIO.- Sí, a lo que íbamos.

INSPECTOR.- La verdad es que a mí esto me daba un tufo... Uno tiene olfato. Verá: estuve haciéndole unas preguntas aquí al señor (**Por el AMIGO**) y, viendo lo que me contaba, pensé que sería mejor dejar la llamada al forense hasta que cambiara impresiones con usted.

48

HOMBRE.- (Sin conseguir que le escuchen.) ¿No pensará también que...?

COMISARIO.- (Algo chafado.) Muy perspicaz. Le felicito.

INSPECTOR.- Gracias señor comisario.

COMISARIO.- (Buscándole las vueltas.) Por cierto. Tardó usted demasiado. ¿Tan lejos está el bar?

INSPECTOR.- Verá, el señor me invitó a mejillones.

COMISARIO.- ¡En acto de servicio!

INSPECTOR.- No era un teléfono público y, la verdad, da corte pedir el favor y no consumir nada.

COMISARIO.- (Al INSPECTOR.) Bien, bien, ya hablaremos de eso. (**Dando el asunto por zanjado.**) Por lo que a esto respecta, creo que es inútil permanecer aquí por más tiempo; el caso está lo suficientemente claro.

HOMBRE.- ¿No va a hacer un registro? ¿Va a darlo por resuelto sin hacer un registro?

COMISARIO.- Naturalmente.

HOMBRE.- Pero es que hay un cadáver. ¡Un niño! Y no sabemos si es que lo han asesinado. Sí, ya sé, ha podido ser en la clase de anatomía. Pero ¿y si no ha sido así? Lo cierto es que lo han descuartizado. Y ahora, encima, ni siquiera sabemos dónde está.

COMISARIO.- Mire, yo quiero ser indulgente con usted. Y estoy dispuesto a pasar por alto lo ocurrido. Así que dejémoslo estar. Y no crea que me hace gracia pensar en el pitorreo que se va a armar en comisaría cuando informe del caso. Que es que la cosa tiene bemoles. Ahora, no me busque las vueltas, y déjeme hacer, a ver si conseguimos anular la denuncia. No me obligue encima a seguir hasta el final. ¿Qué es lo que quiere, que lo empapelemos?

MUJER.- Déjalo, no insistas. ¿No ves que el comisario quiere ayudarte?

49

HOMBRE.- Pues que me ayude. Pero a buscar al niño. Lo he visto, no son figuraciones. Así que yo pongo la denuncia y usted está obligado a investigar. Haga las diligencias que crea necesarias y siga con el asunto de forma oficial.

MUJER.- Por favor, déjalo ya. (Al COMISARIO.) Hágase cargo.

HOMBRE.- ¿De qué tiene que hacerse cargo? ¡Lo he visto!

MUJER.- Sí, pero no te excites.

COMISARIO.- Señora, no se preocupe, lo solucionaremos de la mejor manera posible. No sé cómo, pero trataré de solucionarlo.

HOMBRE.- Lo he visto, ¿cómo quiere que se lo diga? Lo han descuartizado ¿comprende? Des-cuar-ti-za-do.

COMISARIO.- (Dando la vuelta alrededor del tabique.) Curioso, y está muy bien hecho. Lástima que sea inútil.

HOMBRE.- (Desfallecido.) Lo he visto. Lo he visto. ¿Qué puedo hacer para que me crean?

COMISARIO.- Pero si le creemos. Claro que lo ha visto. Lo ha visto en su imaginación.

HOMBRE.- (Reacciona.) ¡No estoy loco!

COMISARIO.- ¿Loco? ¿Cómo loco? Yo no he dicho que esté loco, lo que ocurre es que usted es un intelectual.

HOMBRE.- No entienden nada. ¡Dios mío! No entienden nada.

COMISARIO.- Señora, a sus pies.

INSPECTOR.- Adiós a todos.

COMISARIO.- (Al AMIGO.) Un intelectual, sí señor. Lo que pasa es que, aquí su amigo, es un intelectual.

HOMBRE.- ¿Pero se van, así, sin más?

COMISARIO.- (Al HOMBRE.) Avísame cuando estrene. Me gustaría asistir al estreno.

50

MUJER.- Le invitaremos, no faltaría más.

COMISARIO.- (Saliendo.) No quisiera perdmelo por nada del mundo.

MUJER.- No se preocupe, yo misma le llamaré.

HOMBRE.- (Interponiéndose.) No van a callarme tan fácilmente. El caso no está cerrado. Lo encontraré. Seré yo quien lo busque. Estoy decidido a aclararlo todo. Y si hay un culpable, se sabrá. Como también se sabrá su negligencia, o su complicidad.

(El COMISARIO y el INSPECTOR se miran perplejos.)

COMISARIO.- (A la MUJER.) Señora, créame que la compadezco.

HOMBRE.- Compadezca usted todo lo que quiera, pero esto se sabrá.

COMISARIO.- ¡Mire, no me toque los huevos!

MUJER.- Por favor, por favor, déjenlo estar.

COMISARIO.- Disculpe señora, pero es que las cosas tienen un límite.

HOMBRE.- (A su marido.) Y tú no entretengas al señor comisario.

HOMBRE.- (Menos agresivo.) Lo buscaré, no puede impedir que lo busque.

COMISARIO.- (Recuperando la compostura.) Por supuesto que no. Busque, busque, no hay nada de malo en que busque todo lo que quiera.

HOMBRE.- Tómeselo a broma, pero cuando lo encuentre le avisaré, y tendrá que darme la razón.

51

COMISARIO.- Bien, de acuerdo, cuando lo encuentre me avisa. Puede telefonarme desde cualquiera de esos teléfonos. **(Y señala los teléfonos amontonados. Reanuda la salida.)** Señora.

MUJER.- Adiós. Y gracias por todo.

AMIGO.- Les acompaño.

(El COMISARIO sale. Le sigue el INSPECTOR y el AMIGO.)

COMISARIO.- No es necesario que se moleste.

AMIGO.- (Fuera.) No faltaría más.

COMISARIO.- (Fuera.) Y no le pierdan de vista.

INSPECTOR.- (Fuera.) Adiós.

AMIGO.- (Fuera.) Adiós.

(Se escucha el portazo y el AMIGO vuelve a entrar. Los tres se miran en silencio. Un silencio tenso que los mantiene enfrentados.)

HOMBRE.- ¿Crees que estoy loco?

MUJER.- Yo no he dicho eso.

HOMBRE.- Lo ha dicho él, y tú te has callado.

MUJER.- ¿Qué querías que hiciera? ¿Que le provocara como has hecho tú?

HOMBRE.- Que dijeras la verdad. Eso es lo que tenías que haber hecho.

MUJER.- ¿Y qué es lo que he hecho?

HOMBRE.- Ponerme en evidencia.

52

MUJER.- ¿Yo?

HOMBRE.- No me has apoyado en ningún momento.

AMIGO.- Deberíais tratar de calmaros.

MUJER.- ¿No querrías que dijera que había visto al niño?

HOMBRE.- Por ejemplo.

MUJER.- Pero es que no lo he visto.

HOMBRE.- ¿También tú crees que son figuraciones mías?

MUJER.- No, claro que no. Pero verlo, no lo he visto. ¿Yo qué quieres que haga?

HOMBRE.- Pudiste haber entrado.

MUJER.- Sí, pero no entré.

AMIGO.- ¿Cómo nos íbamos a figurar que podía pasar una cosa así?

HOMBRE.- Porque vosotros no lo habéis cogido, ¿no?

AMIGO.- Pero hombre, qué cosas tienes.

HOMBRE.- No, si ya. Mira, es que no entiendo qué es lo que ha podido pasar.

AMIGO.- ¿Habéis mirado bien?

HOMBRE.- Pues claro.

MUJER.- Deberías volver a mirar.

AMIGO.- Sí, será lo mejor.

(Inicia la salida hacia el baño.)

HOMBRE.- Deja, yo iré.

(Decidido, sale hacia el baño.)

53

(MUJER y AMIGO quedan en escena. Su relación es de complicidad y de urgencia.)

AMIGO.- **(Desconcertado.)** ¿Qué hacemos?

MUJER.- **(Con aplomo.)** Nada.

AMIGO.- Pero no se lo han llevado.

MUJER.- Tranquilo, no te preocupes. Todo va a pedir de boca.

AMIGO.- ¿Tú crees? Tenían que haberlo internado y en cambio, van y lo toman por un intelectual.

MUJER.- Es mejor así.

AMIGO.- ¿Mejor? El plan era que lo tomaran por un loco, y por pocas sí le dan un premio literario. **(Pausa.)** Tenemos que conseguir que lo encierren.

MUJER.- Para nada. Lo importante no es que los demás piensen que está loco, sino que él crea que lo está.

AMIGO.- Pero tú dijiste...

MUJER.- Olvida ahora lo que dije o lo que dejé de decir. ¿Qué quieres, que lo encierren en un manicomio?

AMIGO.- Sí, claro. ¿No?

MUJER.- Déjate de encierros. ¿Tú sabes lo que puede durar un loco? Los locos viven eternamente.

AMIGO.- Entonces, ¿cómo vamos a vivir juntos, si no lo internan?

MUJER.- Tú haz lo que yo te diga. Por lo pronto, tenemos que conseguir que vuelva a meterse dentro del tabique.

AMIGO.- ¿Para qué?

MUJER.- No hay tiempo de explicaciones. Tú fíjate en lo que yo haga y me sigues. A ver qué inventamos para que se meta ahí dentro.

54

AMIGO.- ¿Y si encuentra al niño?

MUJER.- De eso se trata. Su mente es fuerte, pero no su corazón. Veremos quién es capaz de inventar una pesadilla más espantosa.

HOMBRE.- (Según vuelve del baño.) No es que no esté, es que no hay ni rastro de sangre. (Desfallecido, se sienta.)

AMIGO.- ¿Has mirado bien?

HOMBRE.- No está.

MUJER.- ¿Estás seguro?

HOMBRE.- Tan seguro como que antes sí estaba. (Pausa.) Ahí ha tenido que entrar alguien. Todo anda patas arriba. Es como si hubieran estado revolviendo. ¿Vosotros no habéis entrado, no?

MUJER.- No irás a desconfiar ahora de nosotros.

HOMBRE.- No, claro que no. Pero es que no se me ocurre qué otra cosa puede haber pasado.

MUJER.- Mira, no te lo tomes a mal, pero a veces se ven cosas que no son.

HOMBRE.- ¿Ves como también tú crees que estoy loco?

MUJER.- Que no, que no es eso. Cualquiera puede tener una alucinación.

AMIGO.- Y más cuando se está ejercitando continuamente la fantasía.

MUJER.- Claro, siempre estás imaginando cosas... ¿Qué tiene de extraño que las veas?

HOMBRE.- Ésa es justamente la frontera entre la locura y el arte. En eso radica la diferencia entre desentrañar o ser arrollado por las pesadillas. Los sueños pueden ayudarnos a entender, pero también pueden ser un pozo del que es imposible salir.

MUJER.- Yo que tú no le daría mayor importancia.

AMIGO.- Sí, a estas cosas cuantas más vueltas se le dan, peor.

55

HOMBRE.- Puede que tengáis razón. Pero, qué puedo hacer, trabajo con símbolos. Todo en la vida acaba siendo un símbolo para mí. Cómo puedo ignorar, así, sin más, una pesadilla como ésta, tan sugerente. Y tan inquietante.

AMIGO.- Y ¿por qué no? ¿Qué problema hay? ¿Quién te impide escribir sobre un niño descuartizado? Una cosa es la vida real y otra muy distinta es el mundo de la creación.

HOMBRE.- Puede que para ti sean dos cosas distintas, y créeme que te envidio; pero para mí son una misma cosa.

AMIGO.- Bueno, en el fondo todos escribimos de lo que nos pasa. Pero hay que saber nadar y guardar la ropa.

HOMBRE.- Poner el teatro, como un antídoto, entre nosotros y la realidad ¿no es eso?

AMIGO.- Poco más o menos.

HOMBRE.- Te envidio, créeme que te envidio. (**Poniéndose en pie.**) En fin, pongámonos manos a la obra. Buscaré al niño donde parece ser que está: en mi imaginación.

MUJER.- ¿Vas a trabajar?

HOMBRE.- Sí, tal vez tenga razón el comisario y todo esto no sea sino el arranque de una próxima obra. La última pieza de una trilogía. La incomunicación de los teléfonos. Las construcciones que te asfixian. Y, por último, el futuro representado por un niño; por un niño descuartizado. Símbolos. **(Comienza a subir la escalera para meterse dentro del tabique.)** Todo tiene un significado oculto que es necesario desentrañar. Cada angustia necesita una respuesta, y yo debo encontrarla. ¿Qué puede significar un niño descuartizado? Los nuestros duermen plácidamente mientras las pesadillas acechan. ¿Debemos despertarlos?

MUJER.- ¿Para qué?

HOMBRE.- (A un tiempo.) ¿Debemos explicarles que el mundo es hostil?

MUJER.- (A un tiempo.) ¿Qué necesidad tienen?

56

HOMBRE.- Ya, ya sé que según tú deben seguir durmiendo. Pero yo me pregunto: ¿existe alguna relación entre el niño que duerme en el cuarto de al lado y el niño descuartizado que vi hace un momento... parece ser que en mi mente? Mejor dejarlo para más adelante. **(Pide ayuda al AMIGO para entrar en el tabique.)** Ayúdame, anda.

AMIGO.- (Ayudándole.) A ver si te caes.

HOMBRE.- (Ya dentro.) Acércame la gaveta.

AMIGO.- ¿Esto? **(Se la acerca.)**

HOMBRE.- Sí. **(Cogiéndola.)** Tampoco debería ayudarme nadie. En el fondo... y en lo fundamental, nadie puede ayudar a nadie. Debo contarle así: el albañil, el hombre que construye, está solo.

AMIGO.- ¡Genial!

HOMBRE.- En fin, vamos a ello.

MUJER.- Será una gran obra.

HOMBRE.- Sí, como la obra del Hombre: grandiosa... e inútil. **(Cuando va a comenzar a trabajar, mira hacia el interior del tabique y dice extrañado.)** ¿Quién ha llenado esto de escombros?

(La MUJER y el AMIGO contienen la respiración.)

HOMBRE.- (Baja del andamio, desapareciendo dentro del tabique. Se oye como remueve el escombros.) ¡Está aquí! ¡¡Está aquí!! ¡¡El niño está aquí!! (Intenta salir trepando por el interior del tabique. Asoma su cabeza.) ¡Ayudadme!

(El AMIGO va hacia él pero la MUJER lo retiene.)

57

HOMBRE.- (Debatiéndose por salir.) ¡¡El niño está aquí!! (Queda un momento en silencio, aferrado al borde del tabique. Hace una mueca y, convulso, asciende jadeando para acabar en un grito de dolor.) Ah... ¡Ah...! ¡¡Ah...!! ¡¡Aaahhh!!!

(La cámara acorazada dentro de la cual se desarrolla la acción estalla en mil pedazos¹ y cabezas, brazos, cuerpos, piernas de muñecos descuartizados flotan en el aire mientras la obra continúa bajo el efecto de una luz irreal.)

MUJER.- ¡Al fin!

AMIGO.- (Alarmado. Grita al HOMBRE.) ¡¿Qué te pasa?! ¡¿Te pasa algo?! ¡Contesta!

¹ Los paneles que configuran los paramentos de la cámara acorazada estarán despiezados según la forma de las planchas metálicas que representan, y se acoplarán convenientemente de modo que, por acción de un resorte o mediante la caída brusca de un contrapeso, se desplacen verticalmente unos centímetros desligándose así unos de otros, de tal manera que al quedar suspendidos por cuerdas (cuyas poleas de transmisión se encuentran situadas hacia el fondo y laterales del escenario), éstos se balanceen al tiempo que se abren, permitiendo así que se introduzcan en escena trozos de muñecos que, igualmente suspendidos (en este caso con hilo de nailon), quedarán flotando en el aire hasta extinguirse el balanceo.

Simultáneamente a esta transformación, el techo de la cámara acorazada deberá bascular violentamente hacia el peine, girando sobre el lado más próximo al telón de boca, para así permitir los movimientos antes descritos. Cuando las condiciones técnicas del teatro no permitan realizar este juego de forma impactante, será preferible prescindir del techo.

MUJER.- Está muerto.

AMIGO.- ¿Muerto?

MUJER.- Sí, muerto. Por fin muerto.

AMIGO.- ¿Cómo por fin?

MUJER.- Ya era hora, ¿no?

AMIGO.- ¿Pero qué dices? No entiendo nada.

MUJER.- Era la única solución.

AMIGO.- ¿Puede saberse qué es lo que pretendes?

58

MUJER.- Acabar con las pesadillas. ¿No te das cuenta? Al fin somos libres.

AMIGO.- O sea, ¿que era eso lo que querías? ¿Su muerte?

MUJER.- No había otra salida.

AMIGO.- Me das miedo.

MUJER.- ¿No te das cuenta? Le habrían encerrado en un manicomio.

AMIGO.- ¿Y qué? ¿No era eso suficiente?

MUJER.- ¿Que lo tomaran por loco? No seas ingenuo. Pero déjate ahora, ya hablaremos de eso. Lo urgente es sacarlo de aquí antes de que lleguen los vecinos.

AMIGO.- ¿Los vecinos?

MUJER.- Habrán oído los gritos y vendrán a preguntar. Además, tendremos que avisar a la policía. Y, para cuando vengan, el niño tiene que haber desaparecido.

AMIGO.- ¿Lo habías planeado todo?

MUJER.- **(Golpeando el tabique por la parte de atrás a la altura del suelo.)** ¡Venga! ¡Vamos, rápido!

AMIGO.- Pero, ¿se puede saber qué haces?

MUJER.- Hay que esconder la bolsa antes de que lleguen.

AMIGO.- (Cogiendo un martillo.) Deja, yo lo haré. (Mientras golpea.) Esto es una locura. ¿Qué necesidad había?

MUJER.- Sigue, no te detengas.

AMIGO.- ¿Es que no te bastaba con que lo encerraran?

MUJER.- ¿Quieres dejarte ahora de escrúpulos?

AMIGO.- ¡No! Me niego a seguir adelante.

MUJER.- ¿Qué quieres, que nos cojan?

AMIGO.- No hemos hecho nada.

59

MUJER.- ¿Con el niño ahí dentro? (Intentando cogerle el martillo.) Quitá, yo lo haré.

AMIGO.- (Golpea con rabia hasta abrir el hueco.) Ya está.

MUJER.- (Se agacha junto a él, coge la bolsa del interior del tabique y se la da.) Corre, date prisa. Entiérralo lejos de aquí.

AMIGO.- Habrá que tapan el agujero, ¿no?

MUJER.- Diré que lo hice para intentar salvarlo. (Empujándole.) Corre, vete antes de que lleguen.

AMIGO.- No, no sé. Tal vez deberíamos...

MUJER.- Venga, no te detengas ahora.

AMIGO.- Lo siento, no puedo.

MUJER.- ¿Qué dices?

AMIGO.- ¿Qué necesidad teníamos de llegar a esto? ¿Puedes explicármelo?

MUJER.- Sí, pero no ahora.

AMIGO.- No voy a seguir. No, si no me explicas qué es lo que está pasando.

MUJER.- ¿Pasando? Que al fin podemos vivir juntos. ¿No era eso lo que queríamos?

AMIGO.- ¿Y para eso había que matarlo? Quedamos en que lo encerrarían en un manicomio. Eso fue lo que dijimos.

MUJER.- ¿Pero es que no lo entiendes? Mientras él estuviera vivo, estaríamos cometiendo un adulterio. De nada valdría confesarse. Nuestras almas estarían condenadas. Siempre viviríamos en pecado. En cambio, matándolo, no hay nada que temer. Haces un acto de contrición perfecto y se te perdonan los pecados.

AMIGO.- ¿Lo has matado por la salvación de tu alma?

MUJER.- ¿No te parece una gran idea?

AMIGO.- (Para sí.) ¡Cielo Santo!

60

MUJER.- Y ahora, corre. Pueden venir de un momento a otro.

AMIGO.- (Conmocionado.) ¡Qué barbaridad! ¡Dios mío, qué barbaridad!

(Sale huyendo con la bolsa.)

MUJER.- (Según va hacia la puerta del dormitorio de sus hijos.) ¡Hijos! ¡Hijos! ¡Despertad! ¡Papá ha muerto! Ya no hay peligro.

(Oscuro.)

61